

Documenta insurgente
Catálogo de los documentos referentes
a la independencia de México
compilados por Luis G. Urbina

Luis G. Urbina (compilación)
Ernesto de la Torre Villar (preámbulo y arreglo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

342 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 26)

ISBN 970-32-1262-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de abril de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/documenta_insurgente/urbina.html



INSTITUTO
de INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



10. Alocución de Luis G. Urbina, representante del Ayuntamiento de la ciudad de México, ante el Cabildo Municipal de Madrid, 1930.

Alocución de Luis G. Urbina como representante del ayuntamiento de México ante el cabildo municipal de Madrid, 1930-1931.

Permitidme explicar y justificar, en breves palabras, mi presencia aquí. Bien lo ha dicho con su nítida elocuencia el ilustre repre-

sentante de mi país: el Ayuntamiento de México, al poner en mis manos la hoja de pergamino que contiene el saludo a vosotros, tuvo, sin duda, en cuenta, que viví largos años y que trabajé y soñé, durante casi toda mi existencia en la capital de Nueva España; que he recorrido todas sus calles, que conozco todas sus leyendas, que sé la historia de sus edificios y monumentos, y que su sol, su cielo, sus horizontes, son gratos a mi corazón. Puedo ser, por eso, un amoroso portador de sus afecciones, un fiel mensajero de sus sentimientos.

Mas no sólo, creo yo, se pensó en esa condición mía, de hijo de México, al hacerme el encargo que ahora cumplo con agrado ante vosotros, sino también en mi admiración y mi devoción por España, en mi apego, mi curiosidad y mi cariño por este Madrid, hospitalario y risueño, “viejo y evocador”, en donde vivo mis últimos años, un poco silenciosamente, un poco familiarmente, confundido entre las gentes, pero con los ojos muy atentos y muy abiertos los oídos, para percibir por todas partes, en los seres y en las cosas, en los hombres y en las piedras, el alma adorable de un pueblo lleno de sentimentalidad, de alegría y de nobleza. Desde hace tiempo he querido, y me parece haberlo logrado, ser un modesto vecino madrileño; y, acomodándome a sus costumbres, aceptando de buen grado sus inclinaciones y gustos, sentirme como en mi propia casa, y calentar y reconfortar mi espíritu en el hogar de mis antepasados.

Mi afecto no ha sido ocioso, ni mi simpatía estéril. Mi pluma de cronista ha transmitido mis impresiones de España, de Madrid en particular, y la prensa de América suele recoger mis palabras y propagarlas en los países de nuestra habla común. El Ayuntamiento de México, vio, pues, en mí, dos circunstancias: ser hijo de mi ciudad; ser vecino de la vuestra.

Pero es que mi ciudad, por su aspecto, por su ambiente, por sus construcciones, levantadas con lascas de los templos aztecas para servir de casas solariegas a los conquistadores, de asiento a la autoridad de virreyes y audiencias, de abrigos suntuosos a la fe cristiana, de recogida morada a las órdenes religiosas, es una ciudad característicamente española, una ciudad que junta a la severidad extremeña un leve y sutil encanto andaluz. Los muros conventuales, los palacios con ornatos heráldicos, las fachadas con hornacinas y retablos, las azoteas, coronadas, aquí y allá, de almenas, forman un cuadro especial, colonial, español, que es como una milagrosa proyección de los panoramas peninsulares.



No, no es únicamente el idioma lo que nos acerca y unifica. A nuestras formas literarias, que ponen un sello de inconfundible melancolía a los ensueños de la poesía castellana, se unen las formas arquitectónicas, que allá, sin perder su origen, se complican, a veces, por efectos de múltiples causas, en superabundancia churrigueresca, y las formas domésticas, las habituales, en los que la ternura indígena suaviza, en tono menor, la ruda franqueza de los dominadores.

Una enorme civilización, cerca de nosotros, nos atrae con su formidable poder, con su influjo mundial. Es una tentación y una seducción. Nuestro problema municipal consiste en ceder sin deformarnos, en adaptarnos a todos los adelantos y emprender obras de higienización y urbanización, en progresar, en fin, sin descaracterizarnos. Es preciso que aprovechemos esa estupenda civilización sin que nuestra cultura pierda su tendencia, su orientación, su fisonomía claramente españolas.

Las ciudades tienen un alma. Es necesario conservarla, nutrirla, inmortalizarla, sin abandonar —eso sí— los propósitos de salud pública de bienestar y de felicidad colectivos.

Pensando en eso, el Ayuntamiento de México, cuya evolución acaba de narrar, en síntesis, el ilustre representante de mi Nación, ha creado el Consejo Cultural y reunido a los especialistas en los diversos ramos de las ciencias y las artes, para que lo asesoren y aconsejen, en cuanto se refiere a la conservación y, al mismo tiempo, al adelanto estético de nuestra capital. Estamos decididos a retener nuestra personalidad típica, es decir, hispánica. Sabemos que ella nos salvará.

La Plaza de Armas, la principal en la metrópoli de la antigua Nueva España, es un extenso cuadrilátero —usaré de la hipérbole de un eximio poeta americano— tan grande, como para contener dos tempestades. Las cuatro líneas del polígono están formadas: al Oriente, por el Palacio Nacional, la vieja residencia de los virreyes; al Poniente, por los soportales, en que los mercaderes apiñan, de antaño, sus tiendas y bazares; al Norte, por la Catedral, templo de singular belleza, asentado sobre las ruinas del prodigioso *teocalli* azteca; y al Sur, por la Casa Consistorial, de amplias arcadas, recia de muros, sobria de ornamentación, retocada ahora, dentro de un concepto de hermosura colonial. La Plaza, es un resumen de nuestra vida novohispana. Las peculiares fábricas que la limitan son un símbolo



de las ideas fundamentales establecidas y perpetuadas por un poderoso esfuerzo racial. Son cuatro semblanzas de ideal; el poder público, transformado por el impulso de los anhelos democráticos; la fe religiosa, sobreviviente de las luchas sociales (la catedral levanta sus dos torres como dos brazos implorantes); el esfuerzo económico, principio y base de la riqueza; y la representación genuina de la ciudad, su corazón, su voluntad, el Palacio Municipal. De allí han salido altas voces de justicia y de libertad. De allí acaba de salir un grito de amor a España, un saludo del Ayuntamiento de México al de esta Villa y Corte. Es para mí una fortuna y un honor poner en vuestras manos la hoja que contiene ese cordial saludo.

